

El contrapeso de las hegemonías funciona

# Brasil lidera con prestigio

Demetrio Boersner\*



Antes y durante la Cumbre de las Américas celebrada en Trinidad en la segunda mitad de abril de 2009, quedó en evidencia el hecho de que Brasil ocupa el segundo puesto, después de Estados Unidos, en el liderazgo político del hemisferio occidental

Tanto Norteamérica como América Latina tienden a reconocer la *auctoritas* de la diplomacia del Itamaraty como intermediaria importante y eficaz en el diálogo entre las dos regiones.

El ascenso de Brasil a la categoría de reconocido vocero de América Latina ante el mundo exterior ha sido constante e ininterrumpido desde hace casi treinta años. Ello refleja, por una parte, el enorme peso específico de ese país en términos de dimensión territorial, demográfica y económica. Pero aún más se debe al hecho de que, de todas las naciones latinoamericanas, Brasil es la única que ha logrado desarrollar *políticas de Estado* que trascienden los cambios de gobierno y se basan en grandes consensos entre sectores sociales con intereses históricos coincidentes.

La capacidad brasileña de funcionar como entidad nacional unida, a pesar de las enormes distancias geográficas entre sus diversas provincias y las contradicciones de intereses entre una y otra, tal vez se originó hace medio milenio por el hecho de que Portugal haya ejercido un control menos vertical sobre su imperio colonial al que ejerció España sobre el suyo, alentando más la integración horizontal entre sus súbditos. Al mismo tiempo, cabe preguntarse si la cultura lusos americana, en su esencia, ¿no es quizás más dialogante y conciliadora que la hispánica, menos *aristócrata* y más *burguesa* en su disposición a negociar diferencias y buscar consensos? En todo caso, Brasil logra su independencia en 1822 de modo pacífico, por consenso nacional, y en la mayor parte del siglo XIX la monarquía, con la personalidad y obra de Pedro II, juega un papel crucial en mantener y consolidar la unidad del país, limando asperezas y arbitrando conflictos. La República, lanzada en 1889, mantendrá esa costumbre de buscar y lograr consensos internos y, al comienzo del siglo XX, el barón de Rio Branco llevó el consenso al dominio de la política exterior, fundando y formando el admirable Servicio Exterior brasileño, apolítico, altamente profesionalizado, seleccionado y ascendido por concurso, al servicio de los fines a largo plazo del Estado, y no del gobierno de turno.

El bloque social que forma la base del actual sistema político brasileño –no por *conciliación de élites* sino por auténtica confluencia de intereses en esta etapa histórica– está constituido por una burguesía nacional (el sector empresarial vinculado al desarrollo soberano, distinto de sectores rentistas tradicionales que no están en el bloque), la clase media moderna y los trabajadores de la ciudad y el campo. Las corrientes políticas liberal, demócrata-social y laborista reflejan, de centroderecha a centroizquierda, los matices de este consenso nacional que ha permitido al Brasil, bajo los recientes gobiernos progresistas de Fernando Henrique Cardoso y de Luiz Inácio “Lula” da Silva, avanzar con éxito por una vía de desarrollo que combina el crecimiento económico con una política social redistributiva. Al actuar en esta forma, se ha convertido en prototipo de un modelo de desarrollo post-neoliberal, que algunos califican de *nueva izquierda latinoamericana* con características *sociedademócratas*.

Habiendo puesto en orden su propia casa, Brasil ha podido, en estos últimos años, ganar alto prestigio como buen representante de los países emergentes en negociaciones económicas mundiales, y figurar como candidato firme a un puesto permanente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en caso de una eventual reforma de la organización. Al mismo tiempo, la diplomacia brasileña ha logrado ser considerada como factor principal en toda negociación que involucre a Latinoamérica en su conjunto. “Adónde va Brasil, va la América Latina” dijo hace muchos años el presidente norteamericano Richard Nixon, y esa noción ha sido mantenida por sus sucesores, incluido el actual presidente Barack Obama, cuyo primer gesto hacia Améri-

ca Latina consistió en llamar a Lula para invitarlo a la Casa Blanca.

Obviamente Brasil –como todos los Estados del mundo– actúa primordialmente en función de su propio interés nacional. Pero existen egoísmos que, en determinadas etapas históricas, coinciden con intereses fundamentales de toda una comunidad, y actualmente ese es el caso de Brasil con respecto a la región latinoamericana. Para el resto de América Latina no siempre es fácil aceptar un liderazgo brasileño. Hay momentos en que el presidente Lula y sus ministros y asesores dan muestras de desconsideración hacia naciones hermanas, como cuando consienten y adulan a gobernantes autócratas que les puedan ser útiles como medios de presión sobre terceros países. Asimismo son duros a la hora de imponer y defender los intereses externos de sus consorcios industriales y bancarios. Sin embargo, un sub-hegemonismo emergente puede ser tolerable cuando hace contrapeso a otro hegemonismo más poderoso y global. Sobre todo cuando ese sub-hegemonismo es portador y difusor, pese a todo, de una propuesta de creciente libertad democrática, justicia social y solidaridad entre pueblos.

En la Cumbre de las Américas, entre los temas resaltantes se encontraba el de la crisis económica internacional y el de las futuras relaciones entre la comunidad interamericana y la República de Cuba. El presidente Barack Obama –visto con gran simpatía por los latinoamericanos– ha prometido abrir un nuevo capítulo, de respeto, confianza y cooperación, en las relaciones entre el norte y el sur del hemisferio, pero es obvio que la situación económica precaria que atraviesa Estados Unidos no le permite ofrecer cuantiosa asistencia financiera a la región. Lo que sí puede hacer –como lo han señalado Andrés Oppenheimer y otros analistas– es influir en el FMI y el Banco Mundial para que en sus programas de estímulo financiero no favorezcan desmedidamente a Europa del Este y se desentiendan de las necesidades de América Latina.

Con respecto a Cuba, ha avanzado grandemente la tesis de que Estados Unidos debería poner fin al embargo económico que durante medio siglo ha castigado más al pueblo cubano que al régimen comunista de la isla. El actual ansia internacional de normalizar las relaciones con Cuba se basa teóricamente en el hecho de que Raúl Castro está mostrando una tímida inclinación a liberalizar algunos aspectos del sistema imperante en el país. Pero ante todo, el anhelo internacional de normalización con Cuba obedece a intereses económicos: para el mundo de los negocios asfixiado por la recesión, una plena apertura del mercado cubano significaría un ligero alivio.



\* Miembro del Consejo de Redacción.